

Wittgenstein sobre Colores, Lógica y Gramática

I) *Trasfondo histórico*

Como es bien sabido, en enero de 1929 Wittgenstein regresó a Cambridge para una estancia que en principio habría de ser larga pero cuya duración por aquel entonces era todavía incierta. Es evidente que su regreso no fue el resultado de una decisión abrupta, una improvisación, sino que más bien Wittgenstein lo fue preparando a lo largo de 1928 y sin duda su asistencia a una de las dos conferencias impartidas en Viena por L. E. Brouwer¹ fue un detonante importante en este sentido. Contrariamente al enfoque típicamente anacrónico de estudiosos de Wittgenstein como P. M. S. Hacker, quienes quieren a toda costa hacernos creer que la segunda filosofía de Wittgenstein se generó casi automáticamente como una reacción ante lo expuesto por Brouwer en esa ocasión, yo soy de la opinión de que M. Marion tiene toda la razón en pensar que es el autor del *Tractatus Logico-Philosophicus* quien se siente motivado por la conferencia de Brouwer, no el todavía inexistente autor de las *Investigaciones Filosóficas* o de las *Observaciones sobre los Fundamentos de las Matemáticas*. Lo que bien pudo haber sucedido es que Brouwer le hizo sentir a Wittgenstein la necesidad de **defender** mejor diversas posiciones presentadas en el *Tractatus* porque algunas de ellas al menos podían ser puestas seriamente en entredicho. Sin duda el reto que representaba Brouwer fue un potente incentivo para que Wittgenstein se volviera a interesar por la filosofía, pero ello no explica otro hecho. Es evidente que Wittgenstein habría podido permanecer en Viena y haberse dedicado a la filosofía en su ciudad natal. ¿Por qué entonces optó por regresar a Cambridge? La respuesta estándar, que yo considero equivocada, es la que difundió G. E. Moore, quien en su excelente trabajo de recopilación de ideas, “Wittgenstein’s Lectures in 1930-33”, ofrece lo que en general se toma como la respuesta oficial, correcta y definitiva de lo que no pasa de ser una mera especulación de su parte. Dice Moore hablando de Wittgenstein: “Por qué escogió él Cambridge para este propósito no lo sé: quizá fue para tener la oportunidad de discutir con frecuencia con F. P. Ramsey.”² Esta respuesta, sin embargo, es enteramente implausible. Es cierto que Ramsey era un matemático brillante y que había visitado en dos ocasiones a Wittgenstein cuando éste era maestro rural en Austria a fin de que le explicara diversos pasajes del *Tractatus*, pero es difícil pensar que un par de visitas, por fructíferas que hayan sido (y es debatible si lo fueron), hubieran bastado para que Wittgenstein tomara una decisión tan importante como cambiar de país, buscar trabajo en otro lado cuando sin mayores problemas lo hubiera podido obtener en su propio país, ir a trabajar en otro idioma (por muy bien que se maneje otro idioma nunca será lo mismo que expresarse en el

¹ Véase a este respecto el interesante artículo de M. Marion, “Wittgenstein and Brouwer” en *Synthese* 137, 2003.

² G. E. Moore, “Wittgenstein’s Lectures in 1930-33” en *Philosophical Papers* (London: Allen and Unwin, 1959), p. 252.

idioma natal de uno), alejarse de su familia, etc. Por ello, yo pienso que la motivación de regresar a Cambridge tenía que ser más fuerte de lo que significaban Ramsey, Moore e inclusive algunas otras personas sin duda más cercanas a Wittgenstein (como J. M. Keynes, por ejemplo), inclusive considerándolos colectivamente. Pienso por consiguiente que, dado que lo que se percibía como amenazado era la filosofía del *Tractatus* y que ésta, por múltiples razones que se pueden fácilmente aducir, era en lo fundamental filosofía russelliana, filosofía russelliana purificada, por así decirlo, el verdadero motor del regreso de Wittgenstein a Cambridge no podía ser otro que Bertrand Russell. Que Russell de hecho no estuviera permanentemente en Cambridge, como Ramsey y Moore, es irrelevante. Era principalmente y ante todo con su ex-maestro y posteriormente colega, con el filósofo a quien Wittgenstein durante una semana en La Haya (en 1919) le había explicado línea por línea su *Tractatus*, con quien Wittgenstein aspiraba a someter a escrutinio sus nuevas dudas y los pensamientos incipientes que tenía para corregir las fallas de su versión de atomismo lógico. Si bien, indudablemente, había en Cambridge gente valiosa y que él apreciaba, tanto en un plano personal como en uno profesional, de todos modos la idea de que esas personas podrían haber operado en él como imanes para atraerlo y lograr que se decidiera a residir allí es simplemente inverosímil. Sin duda alguna, la reconstrucción objetiva e imparcial de la situación apunta a Russell como el *factotum* para su vital decisión.

Podría argüirse que lo que acabo de exponer no es a final de cuentas sino una hipótesis más, sólo que esta hipótesis se ve fuertemente reforzada cuando le echamos un vistazo al trabajo desarrollado por Wittgenstein durante su primer año en Cambridge, esto es, en el periodo durante el cual él ni siquiera daba clases todavía, o sea, en 1929. Durante ese año, Wittgenstein publicó el único texto que, junto con el *Tractatus*, publicara en vida, a saber, “Some Remarks on Logical Form”.³ El problema que Wittgenstein enfrenta en ese artículo (de cuyo contenido nunca se desdijo si bien, posteriormente lo evaluó como más bien “débil”) era un problema tanto para Russell como para el *Tractatus*. Me refiero al problema de la incompatibilidad de los colores. Es de dicho problema que pasaré ahora a ocuparme.

II) *Trasfondo filosófico*

Según P. M. S. Hacker, “la primera filosofía de Wittgenstein se derrumbó por su incapacidad para resolver un problema – la exclusión del color.”⁴ Como tan a menudo con Hacker, hay algo de cierto y algo de errado en lo que afirma. Lo que dice es *stricto sensu* cierto, pero el modo como lo presenta es un tanto superficial y equívoco, porque

³ L. Wittgenstein, “Some Remarks on Logical Form” en *Aristotelian Society Supplementary Volume 9*, 1929. Reproducido en *Essays on Wittgenstein’s Tractatus*. Edited by Irving M. Copi and Robert. W. Beard (London: Routledge and Kegan Paul, 1966).

⁴ P. M. S. Hacker, *Insight and Illusion* (New York: Oxford University Press, 1975), p. 86

en realidad el problema que plantean las atribuciones de color no es más que **un** caso particular de una clase mucho más grande de aseveraciones. Es cierto que Wittgenstein se va a concentrar en el tema de los colores, pero el problema que a través de éstos emerge es, como veremos, mayúsculo. Por lo tanto, no es el problema de la exclusión del color en sí mismo lo que hizo que se derrumbara el sistema del *Tractatus*, sino la problemática que detrás de éste se ocultaba. ¿Cuál era esa problemática?

Primero, reconstruyamos rápidamente la situación. El *Tractatus* contiene la *Weltanschauung* lógica por excelencia: nos da el esquema lógico de la realidad, la teoría lógica de la probabilidad, la lógica de las teorías científicas, etc., así como lo que podemos llamar la ‘concepción lógica del lenguaje’, esto es, la Teoría Pictórica. De acuerdo con ésta, cualquier lenguaje genuino es una totalidad de proposiciones y todo lenguaje (si está bien construido) tiene que poder analizarse en proposiciones elementales. Lógicamente, éstas son retratos de hechos simples y el mundo es precisamente la totalidad de los hechos simples que corresponden a las proposiciones elementales verdaderas. Ahora bien: ¿qué es una proposición elemental, más allá de su carácter eminentemente pictórico o representacional? Es una proposición cuyo valor de verdad **no depende** del de ninguna otra proposición. En general, esas proposiciones son simbolizadas como ‘*p*’ o como ‘*fx*’. Desde un punto de vista lógico, se sostiene en el *Tractatus*, todo lenguaje bien construido tiene que tener un carácter veritativo-funcional. Esto es algo que la forma general de la proposición deja en claro. Wittgenstein introduce la expresión ‘[*p*, ξ , $N(\xi)$]’ para explicar cómo es que “toda proposición es el resultado de aplicaciones sucesivas de la operación $N(\xi)$ a las proposiciones elementales.”⁵ La idea es simple. Supongamos que tenemos una máquina con un conjunto (puede ser infinito) de palancas, las cuales representan a las proposiciones y para las cuales hay sólo dos posiciones posibles, hacia arriba o hacia abajo, o sea, verdad y falsedad. Podemos imaginar entonces el juego de combinar las posiciones de las palancas teniendo toda palanca que ocupar una de las dos posiciones posibles. Cada combinación de posiciones de palancas representa un mundo posible. Obviamente, una proposición elemental por sí sola no puede ser una tautología puesto que si es verdadera puede ser falsa, y a la inversa. Ahora bien, cuando combinamos las posiciones de las palancas proposicionales encontramos que hay dos posiciones globales (*i.e.*, de la totalidad de las proposiciones consideradas) que son particularmente importantes, en el sentido de que son posiciones límite: el caso en el que todas las palancas están hacia abajo (son falsas) y el caso en el que todas están hacia arriba (son verdaderas). Las tautologías son esas combinaciones proposicionales que dan siempre verdadero y las contradicciones son las que dan siempre falso. Así, sobre la base de la Teoría Pictórica brota una determinada concepción de la verdad necesaria: la única necesidad que hay es la lógica y las verdades lógicas son tautologías (y contradicciones). Las tautologías y las contradicciones **no** son retratos

⁵ L. Wittgenstein, *Tractatus Logico-Philosophicus* (London: Routledge and Kegan Paul, 1978), 6.001.

de nada, es decir, no **dicen** nada. Más bien, sirven para fijar los límites de la significatividad. Es claro entonces que hay algo así como “verdad necesaria”, pero ésta sólo puede serlo la verdad lógica y el problema con la verdad lógica es que es vacua jsutamente porque no es un retrato de nada, no describe nada. Lo mismo pasa con las contradicciones. “Así como sólo hay necesidad *lógica*, así también sólo hay imposibilidad lógica.”⁶ Tautologías y contradicciones más bien indican los límites de lo decible, los límites de la significatividad y, también, los límites de lo contingente, tanto de lo real como de lo posible. Ahora bien, dado que se asume que la lógica rige al mundo y al lenguaje, que es (por así decirlo) el esqueleto de la realidad y del lenguaje, entonces **en** los lenguajes naturales **tiene** que haber **proposiciones elementales**, esto es, completamente autónomas, en el sentido lógico requerido.

Ahora bien, cuando queremos ejemplificar en el lenguaje lo que la lógica indica de inmediato nos vemos en problemas, porque lo primero que nos preguntamos es: ¿qué proposiciones del lenguaje natural son proposiciones atómicas o elementales, en el sentido fuerte requerido por el atomismo radical del *Tractatus*? No es fácil encontrar proposiciones así. Si digo, por ejemplo, ‘estoy en México’, esa proposición dista mucho de ser una proposición elemental en sentido estricto. De hecho, la proposición en cuestión se podría analizar y entonces veríamos que en realidad es una especie de síntesis de múltiples proposiciones más simples. México es un país que tiene determinadas coordenadas, que tiene determinada superficie, en el que vive una determinada cantidad de personas, etc. Por otra parte, yo soy un ser que tiene determinadas características corpóreas y determinadas características “mentales”, etc., etc. Así, aunque puedo simbolizar la proposición ‘estoy en México’ mediante una letra enunciativa, lo cual permite tratarla **como si** fuera elemental y reforzar la idea de que se trata de una proposición simple, tan pronto examinamos su contenido nos percatamos de que no lo es, puesto que es analizable en muchas otras proposiciones más simples que ella. Haciendo un esfuerzo de imaginación, los filósofos han concluido que si hay proposiciones elementales en el lenguaje natural éstas deben ser proposiciones en las que se adscriben lo que en la tradición se conoce como ‘cualidades secundarias’ (colores, olores, sonidos, etc.). Las proposiciones más simples que podemos formular en el lenguaje natural son entonces proposiciones como ‘esto es rojo’ (*p*), ‘esto es verde’ (*q*), etc. Pero es aquí justamente que se plantea el problema, porque conjunciones como ‘(*p* & *q*)’ deberían poder ser verdaderas sólo que, cuando adscribimos colores, resulta que ello no es así puesto que, como es obvio, si decimos de un mismo objeto que es rojo y que es verde de alguna manera nos estamos contradiciendo, estamos diciendo algo que es absurdo, que no puede ser el caso. Empero, si ‘esto es rojo’ (*p*) y ‘esto es verde’ (*q*) se excluyen mutuamente, entonces sobre la base de lo anteriormente expuesto:

a) o no hay en el lenguaje natural proposiciones elementales o

⁶ L. Wittgenstein, *ibid.*, 6.375.

b) hay una clase de necesidad que no es puramente lógica.

Obviamente, cualquiera de esas dos posibilidades representa un golpe mortal tanto a la filosofía del *Tractatus* como al atomismo lógico russelliano. Para entender esto cabalmente, recordemos rápidamente qué sostenía Wittgenstein al respecto en su libro.

III) *El problema del color en el Tractatus*

En el *Tractatus*, Wittgenstein le dedica **una** sección al tema de la incompatibilidad de los colores de manera que vale la pena citarlo *in extenso*. Dice en 6.3751:

Por ejemplo, que dos colores se encuentren simultáneamente en un lugar del campo visual es imposible, esto es, lógicamente imposible, pues lo excluye la estructura lógica del color.

Pensemos en cómo se presenta esta contradicción en física - más o menos como sigue: una partícula no puede tener dos velocidades al mismo tiempo, es decir, no puede estar en dos sitios al mismo tiempo; o sea, partículas en diferentes lugares al mismo tiempo no pueden ser idénticas.

(Es claro que el producto lógico de dos proposiciones elementales no puede ser ni una tautología ni una contradicción. La afirmación de que un punto en el campo visual tiene dos colores diferentes al mismo tiempo es una contradicción).⁷

Como puede apreciarse, él presenta de manera sucinta, en unas cuantas palabras, mucho de lo que hasta aquí hemos dicho. Para nuestros objetivos, el párrafo importante es el primero. Wittgenstein afirma que es “lógicamente imposible” que dos colores ocupen simultáneamente la misma porción de espacio, que es algo que todos “sabemos”, pero lo que es interesante es la razón que él da de por qué ello es así: ello se debería a la “estructura lógica del color”. Pero esta aseveración parece más bien como una evasiva: si efectivamente fuera en virtud de una determinada estructura lógica que los colores se excluyen mutuamente, ello debería quedar recogido en el simbolismo y eso es justamente lo que no pasa, puesto que ‘($p \ \& \ q$)’ (*esto es rojo & esto es verde*) no es una contradicción, es decir, no es de la forma ‘($p \ \& \ \sim p$)’. Curiosamente, lo que parecería estar implicado en el diagnóstico de Wittgenstein es más bien la idea de que proposiciones como ‘esto es rojo’ son complejas y requieren todavía ser analizadas para llegar a las genuinas proposiciones elementales. Súbitamente entonces nos percatamos del sorprendente hecho de que proposiciones así ni siquiera se vislumbran.

⁷ L. Wittgenstein, *ibid.*, 6.3751 (traducción mía).

Vale la pena notar que en el segundo párrafo de la cita anterior Wittgenstein indica lo que precisamente será su vía de solución un poco después, cuando vuelve a abordar la cuestión de la incompatibilidad entre los colores en su artículo “Algunas Observaciones sobre la Forma Lógica”. Antes de considerar dicha “solución”, sin embargo, creo que vale la pena cuestionar el planteamiento del *Tractatus*, porque la solución esbozada es precisamente lo que para la concepción lógica del lenguaje y la realidad **no** es una solución. El mero hecho de introducir la palabra ‘lógica’ no soluciona el problema. Al equiparar la cuestión de la incompatibilidad de los colores con la incompatibilidad de las velocidades, de ubicación, etc., de partículas, Wittgenstein equipara la estructura lógica con la estructura física, pero lo que ésta de inmediato hace ver es que la simplicidad (atomicidad) presupone complejidad. Lo que quiero decir es que la solución sugerida en el *Tractatus* más que una solución virtualmente contenía en implícitamente la destrucción del sistema tractariano. Paradójicamente, Wittgenstein mismo había sembrado en su primera filosofía las semillas de su aniquilación.

IV) *La nueva fase*

Dos textos marcan claramente el abandono del enfoque puramente lógico de la cuestión de la incompatibilidad de los colores en favor de un enfoque nuevo. Me refiero al artículo ya mencionado y a un capítulo de las *Observaciones Filosóficas*. Lo interesante del cambio radica ciertamente en que con éste también arranca la etapa de desmantelamiento *in toto* de la filosofía del *Tractatus* y en eso Hacker ciertamente tiene razón. Debo decir que si bien me propongo reconstruir rápidamente la nueva propuesta de solución del problema de la incompatibilidad de los colores que esboza Wittgenstein, lo que más me interesa destacar y comprender es el cambio que con dicha propuesta empieza a operarse en la concepción del lenguaje y de las relaciones entre éste y la lógica.

Sin duda, “Algunas Observaciones sobre la Forma Lógica” pretende ser una contribución para **defender** la posición del *Tractatus*, pero podría decirse que quizá sin percatarse la solución que Wittgenstein ofrece en realidad es un golpe mortal a lo que previamente había sostenido. No estará de más notar que este es el texto más russelliano de todo lo que Wittgenstein produjo. En él no sólo cita a Russell, de quien explícitamente dice que “lo sigue”, y usa su terminología (‘proposición atómica’), sino que adopta su punto de vista respecto a cómo proceder, como trataré de hacer ver en un momento. Ahora bien, si lo que digo es acertado entonces podemos afirmar con mayor confianza que nuestra hipótesis histórica, enunciada al inicio de este artículo, acerca de cuál o quién fue el factor preponderante en la decisión de Wittgenstein de regresar a Cambridge, queda si no “confirmada” sí fuertemente apoyada por nuestra explicación. Estos dos puntos de vista embonan a la perfección.

Lo que Wittgenstein sostiene es que para debatir el tema de los colores tenemos que tener claridad respecto a la lógica de las proposiciones mediante las cuales adscribimos colores a las cosas. Esta primera fase consiste en analizar las proposiciones relevantes de modo que podamos exhibir sus formas lógicas. Una vez terminada esta fase, entonces pasamos a la teoría del conocimiento, que sería la rama de la filosofía que nos permitiría identificar las proposiciones sobre colores ya analizadas, estudiar su estructura, sus componentes, etc. Para lo primero, Wittgenstein recurre a una noción tractariana, a saber, la idea de “método de proyección”. El procedimiento de Wittgenstein es muy parecido al encarnado en la Teoría de las Descripciones. En el caso de la teoría de Russell el “método de proyección” consiste en la “traducción” de una oración del lenguaje natural que contenga una descripción a una oración escrita en el lenguaje canónico de la lógica. Así, tenemos:

Método de Proyección

El rey de Francia es calvo ===== $(\exists x)((Rx \ \& \ (y)(Ry \ \rightarrow x=y)) \ \& \ Cx$

Mutatis mutandis, Wittgenstein hace lo mismo con oraciones como ‘esto es rojo’ y lo que él descubre es que, una vez que han sido analizadas mediante un “método de proyección” apropiado, lo que encontramos es que dichas proposiciones involucran grados y por lo tanto sistemas numéricos. Supongamos que a cada uno de los colores se les asigna un número y que discernimos 25 tonalidades de rojo ($R1, R2, \dots, R25$), que reconocemos 20 matices de verde ($V26, V27 \dots V45$); que tenemos 13 amarillos ($A46 \dots A58$) y así con todos los colores. Ahora sí podemos entender por qué si decimos esto es rojo y esto es verde, hablando de un mismo objeto, lo que tenemos es una contradicción, puesto que tendríamos algo como:

$(R17a \ \& \ V32a)$

O sea, estaríamos afirmando que un objeto **a** está simultáneamente en las posiciones distintas. Eso es contradictorio. Así, pues, una vez que conocemos la estructura lógica de las adscripciones de colores entendemos por qué proposiciones como ‘esto es rojo y esto es verde’ en efecto son una forma de contradicción.

Ahora bien ¿por qué afirmé que en este artículo Wittgenstein “seguía a Russell” en cuanto al orden de la investigación? Quien ciertamente había incursionado en la teoría del conocimiento era Russell, a quien dicho sea de paso Wittgenstein en 1913 le había destruido su famoso manuscrito “Teoría del Conocimiento”. Así, pues, Wittgenstein va tras los pasos de Russell, pero aquí se produce un cambio que es muy importante señalar. Es cierto que Wittgenstein va también a adentrarse en la teoría del conocimiento, **pero no a la manera de Russell**, puesto que él no teoriza a la manera de los filósofos empiristas. O sea, Wittgenstein va a ejercitarse en la teoría del conocimiento **a su manera** y ¿cuál es esa “manera”? Lo que él va de hecho a inaugurar

es el enfoque “lingüístico” en teoría del conocimiento. O sea, él no va a especular o teorizar sobre el conocimiento empírico, sus fundamentos, sus contenidos, sus límites, etc., sino que va a examinar las aplicaciones de los vocablos cognitivos relevantes (‘conocimiento’, ‘creencia’, ‘verificación’, etc.). No es que se produzca un cambio de tema, pero sí un cambio radical en el modo de enfocar y abordar los problemas. Cada vez más y cada vez mejor, Wittgenstein se va a ir convirtiendo en el filósofo lingüístico por excelencia. Esto, sin embargo, requiere de algunas aclaraciones que haré más abajo ya que podrían gestarse algunas confusiones.

En las *Observaciones Filosóficas*, Wittgenstein vuelve a ocuparse del tema de la incompatibilidad de los colores pero ya desde una plataforma diferente, incipiente pero ya existente. Wittgenstein completa lo sostenido en “Algunas Observaciones sobre la Forma Lógica” y hace toda una serie de aclaraciones sumamente esclarecedores y a la vez iluminadores respecto a su propia evolución. Veamos por qué.

Wittgenstein empieza por recalcar algo que de una u otra manera ya había dicho en su artículo, a saber, que si los colores se excluyen es porque ocupan todo el espacio que abarca su predicación y no permiten que otro color entre en dicho espacio. Los colores no se suman, como podrían hacerlo manzanas o canicas, sino que una mezcla de colores da como resultado un nuevo color, un nuevo matiz. Retomando el resultado principal de su artículo, a saber, que las adscripciones de colores presuponen un sistema, Wittgenstein avanza e insiste en que la adscripción de colores no es tan simple como lo sugiere la lógica formal, el paradigma de la simplicidad, sino que presupone todo un sistema proposicional. Cualquier color presupone el espectro de los colores. Pero entonces, como Wittgenstein dice, parecería que es posible “una construcción al interior de una proposición elemental. Es decir, como si en lógica hubiera una construcción que no operara mediante funciones de verdad”.⁸ Esto es importante: lo que está diciendo Wittgenstein es que en el caso de los colores, la incompatibilidad no queda recogida en los signos, como en la lógica, sino en los símbolos, es decir, a través de la aplicación de los signos. La oposición, la mutua exclusión entre colores se manifiesta en nuestro **uso** de los predicados “ser verde”, “ser rojo”, “ser blanco”, etc. , no en las expresiones ‘ser blanco’, ‘ser verde’ y demás. Si en lo que nos fijamos es exclusivamente en los signos y en los valores de verdad que les asignamos, entonces las conectivas lógicas exhiben perfectamente bien sus posibilidades; si nos fijamos en las aplicaciones de las palabras, entonces las conectivas tienen que modificarse. Así, suponiendo que $p = \text{esto es rojo}$ y $q = \text{esto es verde}$, tenemos:

⁸ L. Wittgenstein, *Observaciones Filosóficas*. Traducido por Alejandro Tomasini Bassols (México: UNAM, 1997), p. 96.

Cálculo de Enunciados $p, q \quad _p_ \& _q_ ______$

V	V	V
V	F	F
F	V	F
F	F	F

Lenguaje Natural $p, q \quad _p_ \& _q_ ______$

V	V	No aplica
V	F	F
F	V	F
F	F	F

En otras palabras, para lo que pasa por proposiciones elementales en el lenguaje natural tenemos que alterar las definiciones de las conectivas lógicas. O sea, el lenguaje natural ciertamente está regido por la lógica, pero no se somete a ella indiscriminadamente. Wittgenstein descubre que el uso del lenguaje está regido también por **otras** reglas que las puramente formales de la lógica. Introduce entonces por primera vez la idea de una especie de lógica alternativa a la que llamará 'gramática'.

La cuestión de la incompatibilidad de los colores es importante entre otras razones porque lo que se diga en relación con ellos valdrá por igual para muchas otras cosas (olores, sabores, cargas eléctricas, velocidad, ubicación, etc.). Además, de manera natural el asunto de la incompatibilidad muy rápidamente le cede el lugar al tema de la naturaleza del color y eso llevará a Wittgenstein, muchos años después, a desarrollar una formidable colección de reflexiones fenomenológicas sobre los colores.⁹ Sea como fuere, lo cierto es que podemos aseverar que las consideraciones de Wittgenstein durante su primer año de su regreso a Cambridge echan luz sobre el tema de la incompatibilidad de los colores, pero no menos importante son las consecuencias de dichas reflexiones. Es de éstas de las que quisiera rápidamente ocuparme en la sección final de este ensayo.

V) Implicaciones

El tratamiento de los colores y su esencial incompatibilidad por parte de Wittgenstein en esta etapa de su actividad filosófica es desde luego sumamente interesante *per se*, pero su interés e importancia se incrementan si lo examinamos en conexión con su evolución filosófica *in toto*. Su enfoque y sus aclaraciones nos dicen mucho sobre ello. Por lo pronto, quisiera enunciar aquí rápidamente lo que me parece que son cinco consecuencias importantes derivadas de su tratamiento de la espinosa cuestión de la incompatibilidad cromática.

⁹ Véase su libro *Observaciones sobre los Colores*. Traducido al español por Alejandro Tomasini Bassols (Barcelona: Paidós/UNAM, 1994).

1) La primera consecuencia radical de las reflexiones de Wittgenstein sobre los colores es el desencanto con la primordial noción de proposición elemental. Wittgenstein encuentra que el atomismo lógico proposicional constituye un esquema que lógicamente **podría** instanciarse, pero que también puede no hacerlo y *de facto* se nos hace ver que sencillamente **el lenguaje natural no incorpora proposiciones elementales tal como habían sido concebidas en el *Tractatus***. Podemos tratar a las proposiciones **como si** fueran elementales, pero dicha esquematización no asegura que lo sean.

2) Una segunda consecuencia importante de las reflexiones de Wittgenstein de 1929 en torno a los colores es que Wittgenstein empieza a rebelarse en contra de la idea, totalmente pasiva, de la proposición como retrato, esto es, como reproducción en el lenguaje del hecho enunciado o descrito. En su lugar, empieza a emerger la idea, más dinámica, de proposición como instrumento de medición. Esta idea de alguna manera Wittgenstein ya la había introducido en el *Tractatus* cuando describe a una proposición como un “modelo de la realidad”. Originalmente, sin embargo, la idea estaba empleada en relación con la de retrato más que con la de aplicación práctica del retrato a la realidad.

3) En vista del inesperado resultado concerniente a la incompatibilidad de los colores se tienen que redefinir las conectivas lógicas para el caso de las proposiciones que involucran graduaciones y entonces la noción de lógica pierde fuerza y su lugar empieza a ser ocupado por la de “gramática”. La primera se compone de reglas puramente formales, que no dicen nada, no representan nada, etc., en tanto que la segunda es más bien el sistema de reglas de uso de las palabras. Dichas reglas no son tautologías, en el sentido de la lógica formal. Naturalmente, el concepto de gramática, introducido desde las *Observaciones Filosóficas*, se irá poco a poco puliendo o refinando.

4) Se empieza a distinguir, por consiguiente, entre dos nociones muy importantes y que, a todas luces, ya no encajan una con la otra, como se pensaba en el *Tractatus*. Me refiero a las nociones de proposición y de “lo que se dice”. La lógica se ocupa de las proposiciones y lo único en lo que se interesa es en las asignaciones de significados (denotaciones) a los signos y de valores de verdad (estamos en el contexto de la lógica clásica, por lo que no hay más que dos valores, verdad y falsedad, lo verdadero y lo falso) a las proposiciones. La gramática se ocupa del sentido de lo que se dice (se afirma, se asevera, etc.). La lógica lidia con signos, la gramática con símbolos, esto es, signos en uso. Es, pues, comprensible que la lógica empiece a perder vigencia filosóficamente.

5) Toda la concepción de las relaciones entre el lenguaje y la lógica empieza a sacudirse. Es evidente que la visión tractariana a estas alturas es ya declaradamente insatisfactoria. Y, por otra parte, las modificaciones mencionadas acarrearán también

profundas modificaciones en las relaciones entre la lógica y la realidad, por una parte, y el lenguaje y el mundo, por la otra.

6) Se inicia el repudio total del russellianismo por parte de Wittgenstein, en el cual encarnaba su primera forma de pensar. Es a partir de este momento que Wittgenstein se emancipa por completo de la filosofía russelliana, con todo lo que eso entraña. No deja de ser interesante la evolución de ambos filósofos. Russell, que conocía los textos de Wittgenstein, entendía perfectamente bien que el atomismo lógico estaba plagado de dificultades pero en lugar de abandonar sus puntos de vista se abocó a intentar responder a las objeciones, a parchar los huecos, a remediar su creación. Wittgenstein, en cambio, viendo que el barco se hundía decidió abandonarlo y empezó a re-pensar *ab initio* los temas, puliendo sus intuiciones, acuñando poco a poco una nueva terminología y desarrollando nuevos métodos y estrategias de discusión filosófica.

VI) Conclusiones

Tiene toda la razón J. Hintikka cuando se refiere a 1929 como el “año milagroso” de Wittgenstein.¹⁰ Realmente lo fue, pues fue durante ese año (durante el cual ni siquiera daba clases todavía) que se operó el rompimiento con su filosofía anterior. Sin duda, la intensidad con que Wittgenstein enfrentó los nuevos retos filosóficos ha de haber sido impresionante. Él regresó a Cambridge para retomar sus investigaciones en el espíritu del *Tractatus* y casi podríamos decir que sin darse cuenta de ello de pronto se encontró trabajando sobre una plataforma filosófica radicalmente diferente de la primera. Es evidente que a lo largo de 1929 se produjeron cambios profundos en su pensamiento, cambios que paulatinamente lo llevaron a posiciones totalmente opuestas a las defendidas en el *Tractatus*. Es claro, por ejemplo, que la concepción del lenguaje radicalmente adversa a la concepción del lenguaje como una totalidad de proposiciones (siendo éstas en lo esencial retratos de hechos) es la concepción del lenguaje como un conglomerado abierto de juegos de lenguaje. Así, en relación con el tema del lenguaje no hay conciliación posible entre el primero y el segundo Wittgenstein. Pero este fenómeno de construcción de una concepción enteramente opuesta a la original no se dio en todos los contextos ni en relación con todos los temas. Se dio también, por ejemplo, el fenómeno que podríamos denominar como ‘readaptación conceptual’, esto es, transiciones graduales que llevaron de una noción clave a otra igualmente crucial, jugando ambas roles semejantes en sus respectivos contextos. Así, por ejemplo, la noción de lógica, central en el *Tractatus*, fue poco a poco cediendo su lugar a la de gramática en profundidad (*Tiefen Grammatik*), fundamental en la filosofía del Wittgenstein maduro, jugando en ambos casos papeles semejantes. Y, por último, habría que señalar que nos encontramos también con

¹⁰ J. Hintikka (with Merrill B. Hintikka), “Wittgenstein’s *annus mirabilis*: 1929” en *Ludwig Wittgenstein.: Half-Truths and One-and-a-Half-Truths*. Kluwer Academic Publishers (Boston/London: Dordrecht, 1996).

pensamientos o intuiciones que nunca se modificaron, es decir, asumidas por Wittgenstein a lo largo de toda su vida filosófica, como la idea de que los problemas de la filosofía no son en el fondo otra cosa que pseudo-problemas, enredos intelectuales que brotan de incomprensiones y de confusiones de diversa índole. Naturalmente, esta intuición fundamental se expresó de manera diferente en los dos grandes periodos filosóficos de Wittgenstein, dando lugar a diagnósticos de problemáticas filosóficas muy diferentes entre sí. Pero si ello es así es porque en realidad, más allá de diferentes puntos de vista, lo que Wittgenstein logró fue articular dos formas de pensar diferentes, tal como él mismo lo diría en el Prefacio a las *Investigaciones Filosóficas*. Nuestra labor en este trabajo fue reconstruir el contexto en el que se inició lo que con toda justicia podríamos llamar la ‘segunda revolución wittgensteiniana’.